

ANTHONY BLOOM

**NO TEMAS  
PEDIR PERDÓN**

Reflexiones sobre el arrepentimiento,  
la confesión y la reconciliación con Dios

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán  
de la edición italiana *Ritornare a Dio*

© The Metropolitan Anthony of Sourozh Foundation, 2012

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2012

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

[ediciones@sigueme.es](mailto:ediciones@sigueme.es)

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-1803-8

Depósito legal: S. 331-2012

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

# CONTENIDO

1. LA EDUCACIÓN DEL CORAZÓN .....	9
Persona perdonada, persona recreada .....	9
Repasar nuestra vida .....	16
Educar el propio corazón .....	19
Cargar con el sufrimiento del otro hasta la casa del Padre .....	25
Orar en el amor crucificado .....	29
2. EL GOZO DEL ARREPENTIMIENTO .....	33
«El que ha visto a su hermano ha visto a Dios» .....	34
Tomar conciencia del horror del pecado .....	44
Acoger el perdón .....	49
Alejarse de los propios pecados .....	53
3. EL CAMINO DEL RETORNO AL PADRE .....	59
Del remordimiento al arrepentimiento .....	59
Volverse a Dios con esperanza .....	61
Cargar cada uno con el peso de los otros .....	63
4. LA CONFESIÓN .....	67
La confesión ante el Crucificado .....	67
La preparación para la confesión .....	69
Formar un solo espíritu con Cristo .....	72

5. TRES OBJECIONES A LA CONFESIÓN .....	77
¿Puede borrarse con la confesión de los pecados el mal que hemos hecho? La seriedad del perdón y el desafío del compromiso .....	77
¿Jamás dejaré de pecar? Asumir nuestra débil condición .....	81
¿Por qué debo confesar mis pecados a un hom- bre? El milagro de la acogida gratuita .....	84
Epílogo. LA COMUNIÓN .....	87
<i>Examen de conciencia para preparar la confesión</i>	91

# LA EDUCACIÓN DEL CORAZÓN

## PERSONA PERDONADA, PERSONA RECREADA

A medida que pasan los años, hay cosas que cada vez se nos hacen más cuesta arriba. Si pensamos un poco en ello, nos damos cuenta de que dicha dificultad no tiene que ver tanto con el hecho de que nos hacemos mayores, sino que más bien se deben al cansancio que sentimos, al desgaste del cuerpo y del alma que experimentamos.

Una de las cosas que nos suele costar más es enfrentarnos con nuestro pasado de manera lúcida, sin dejarnos dominar por la angustia. Porque, según vamos acumulando experiencia, la mayoría de las ocasiones que volvemos la vista atrás nos sorprendemos al comprobar la enorme ceguera, sordera o mezquindad con la que hemos actuado... Y es entonces cuando se nos hace presente todo el bien que podríamos haber hecho y todo el mal que podríamos haber evitado.

Me viene a la memoria el recuerdo de una anciana de la parroquia que «se apagó» hace ya algún tiempo. Un día vino a verme muy nerviosa. Estaba obsesionada por una angustia que no conseguía controlar. Me contó que era incapaz de dominar sus pensamientos. Las noches se le hacían interminables a causa de las imágenes del pasado que le atormentaban hasta el punto de impedirle conciliar el sueño. Por el día sus pensamientos solían ser luminosos, pero bastaba con apagar la luz del dormitorio para que su mente se poblara de escenas siniestras, cargadas de tristeza, morbosidad y vergüenza. Tenía la impresión de estar cercada y sin escapatoria posible, hasta el punto de no poder descansar. Por si esto fuera poco, esas imágenes nocturnas velaban cada una de sus jornadas como una especie de gasa tenebrosa de repugnancia y remordimiento. No veía la manera de escapar de semejante condena, y eso que luchaba con todas sus fuerzas para encontrar una salida salvadora. Le recetaban somníferos, pero entonces los recuerdos del pasado se transformaban en íncubos que la horrorizaban y perseguían a lo largo de la jornada.

Cuando tomé la palabra, más o menos le dije lo que ahora quiero comunicar aquí (y que no dejo de decirme a mí mismo una y otra vez): resulta absolutamente imposible volver a aquellos momentos

del pasado que emergen en nuestra memoria con la secreta intención de modificar nuestro comportamiento de entonces desde la experiencia de vida acumulada con el trascurso de los años. El pasado puede adoptar formas diversas. Hay sucesos que han muerto y se han desprendido de nosotros como las hojas de un árbol caídas en otoño, han cumplido su ciclo y ya no influyen para nada en el presente. Así sucede con los pecados de los que nos hemos arrepentido: el hombre se ve lleno de acciones, palabras, pensamientos, deseos, maquinaciones perversas; de pronto cae en la cuenta y se horroriza, se vuelve a Dios, grita su dolor, su vergüenza, se arrepiente ante Él y renuncia a la inclinación del alma que lo ha arrastrado a ese comportamiento negativo y a semejantes sentimientos y palabras. Puede suceder que un pecado grave, el horror de una acción mala, se cierren dejando sólo una cicatriz que nos recuerda nuestra fragilidad y la necesidad de vivir atentos para no volver a tropezar o caer en los mismos errores.

Existen incluso acciones execrables que se pueden borrar definitivamente gracias a un arrepentimiento sincero. En este sentido, Nicetas Stethatos, discípulo de Simeón el Nuevo Teólogo, afirma que las lágrimas de un arrepentimiento sincero pueden devolver hasta la virginidad perdida. Y Barsanufio

el Grande asegura que si estamos verdaderamente arrepentidos delante de Dios y somos conscientes de que ya nos es imposible volver a nuestro proceder anterior, dado que gracias al arrepentimiento algo ha sido destruido en nosotros por el fuego y aquella acción mala de la que fuimos responsables ya no podrá condicionarnos, entonces podemos decir que hemos sido perdonados y que aquello que sucedió ha sido borrado del Libro de la vida. El pasado ha prescrito. Como dice el proverbio ruso: «¿El pasado? Ya no se habla de él».

No obstante, en nuestro pasado hay también acciones que, aun concluidas, han sobrevivido, no han quedado eliminadas. En un momento determinado, el resentimiento nos ha invadido, hasta el punto de convertirse en odio. Puede no haber sucedido nada grave, pero aquel odio se ha inoculado en algún punto de nuestro ser como un veneno. Y aunque hayamos perdido el recuerdo de la persona o de las circunstancias que hicieron nacer tales sentimientos, aquel movimiento de rabia permanece presente en nosotros. Y cualquiera que haya sido posteriormente nuestro comportamiento, el tipo de persona en que nos hayamos convertido, los sentimientos perversos siguen envenenando de alguna manera nuestra vida en lo más hondo, en su raíz. De modo que ese pasado no pertenece al ámbito del pasado,